

# Homilía de D. José Luis Jiménez Manzanegue

03 - 08 - 2015

Toda Pura eres María

3 de Agosto de 2015

Misa de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús

Queridos hermanos sacerdotes, querido postulador de la Causa de Canonización, P. Valentín, querido vice-postulador D. Juan Carlos, querida Madre Abadesa y Monjas de las comunidades de Alcázar y Campo de Criptana, queridos seminaristas, queridos hermanos todos en el Señor:

Nos hemos reunido en esta celebración de la eucaristía, hoy día 3 de agosto, justo cuando se cumple el undécimo aniversario de la muerte de nuestra Madre Mercedes, Abadesa que fue de este Monasterio de la Inmaculada y santa Beatriz y del Monasterio del Creador y de la Inmaculada de Campo de Criptana.

Las lecturas que hemos proclamado nos ayudan a reflexionar y a acoger este misterio que estamos celebrando. El pueblo de Israel, hemos escuchado en la primera lectura del libro de los Números, se rebela contra Dios y contra Moisés, se acuerda de su vida pasada en Egipto, y prefiere la esclavitud y las seguridades a la libertad de los hijos de Dios. El camino del pueblo de Israel por el desierto es imagen también de nuestra propia vida, Israel al igual que nosotros tenemos que descubrir que la única fuerza de nuestra vida es el Señor. Y por otro lado en el Evangelio, hemos escuchado el relato de la multiplicación de los panes y los peces, Jesús llevado por su compasión, se conmueve ante la multitud y les da de comer, pero él es el verdadero Pan Vivo que puede saciar por completo el hambre de Dios. Por tanto creo que nos tenemos que fijar ante todo en dos ideas, por un lado se nos dice en la liturgia de hoy que la única fuerza del hombre está en Dios, que Dios es el único que puede dar sentido a su vida y por otro nos vamos a fijar y vamos a tratar de reflexionar a cerca de Jesús como verdadero pan de vida, el único Pan que puede saciar todos nuestros deseos y anhelos.

Hemos repetido en la antífona del salmo: *Cantad al Señor porque ha hecho maravillas*. Esta es la actitud que el pueblo de Israel, tenía que haber tenido al descubrir todos los prodigios que había hecho para sacarlos de la esclavitud de Egipto. Dios es la verdadera fuerza de nuestra vida,... esto es lo que el pueblo de Israel tenía que haber experimentado en su peregrinar por el desierto, cansado y agotado por no llegar a la tierra prometida, Israel tenía que haberse abandonado en las manos de Dios, tenía que haber descubierto que su única fuerza estaba en Dios. Es precisamente en el desierto, donde el hombre despojado de todo puede encontrarse cara a cara con Dios. Así lo entendió Madre Mercedes, al descubrir la necesidad de todo hombre de despojarse de todo, para que Dios lo sea todo en él, para recuperar en el hombre esa imagen de Dios, perdida por el pecado. Por eso ella nos habla del despojo concepcionista, es decir de quitar todo lo que en nuestra vida impide nuestro encuentro con Dios. El pueblo de Israel aunque no tenía casi nada material, estaba lleno de otras cosas, tenía nostalgia de Egipto, no era capaz de hacer un esfuerzo para desprenderse de cargas y anhelos innecesarios. *No busquemos en la materia saciar nuestra sed de eternidad. No está ahí, está en el amor de Dios*, nos dice Madre Mercedes en su libro *Hacia el Amor perfecto*. Sólo Dios puede saciar nuestra hambre y nuestra sed, sólo él. Por eso como fiel seguidora de santa Beatriz de Silva, nos descubre la necesidad de vivir desde la fe, desde una

fe despojada de todo. Desde una fe que se contenta solo con agrandar en todo a Dios, quitando de su vida todas las pasiones, todo pecado, toda envidia, todo odio... *abandonemos el mundo del pecado y toda imperfección*, decía Madre Mercedes en el libro de sus Ejercicios, y *entremos en el Dios de santidad, que es nuestro ambiente, porque Él es la raíz de nuestra existencia y desde ahí ordenemos todo nuestro comportamiento*.

En la biografía que se acaba de publicar, sobre la Sierva de Dios, Nostalgia del Paraíso, su autor D. Francisco Jiménez, continuamente repite esta frase de Madre Mercedes: *vivir solo de fe con Dios solo*. Esa fue la vida de Madre Mercedes vivir solo de Dios en el silencio de un claustro. Durante su vida como el pueblo de Israel, despojada de todo pudo comprender y experimentar que el gran protagonista de su vida era Dios, y su vida nos señala hoy a cada uno, que la vocación profunda del hombre es retornar al paraíso, es ser imagen de Dios, es comprender y vivir que sólo Dios puede llenar nuestra vida. Así lo escribía ella: *Nada ni nadie que se oponga a Dios en nuestra vida. Nada... Nadie... Solo Dios, sólo la eternidad*. (Esto se lo hizo poner a sus hijas en la celda: *Solo Dios, Solo Dios... de la tierra sólo lo necesario y este poquito solo para acercarnos más a Dios. Solo Dios*)

Cuánto nos cuesta a nosotros vivir de esta manera, cuánto nos cuesta vaciar nuestra vida de las cosas del mundo para llenarla sólo de Dios. Si hoy venimos al Monasterio de las Monjas Concepcionistas, es precisamente para llenarnos del ejemplo de Madre Mercedes, llenarnos de su sed de Dios. Esta pregunta se nos dirige hoy a nosotros: ¿Qué tengo que quitar de mi vida? En el momento en el que vivo, ¿qué es lo que impide mi encuentro con Dios?

En un segundo momento, también hoy nos tenemos que fijar en el texto del Evangelio, Jesús realiza un milagro, la multiplicación de los panes y de los peces. Ante la muchedumbre que acude a Él, siente lástima de ellos, se conmueve, tiene compasión y hace el milagro, frente a las reticencias de los apóstoles. Jesús como nuevo Moisés en el desierto, frente a una muchedumbre hambrienta, pronuncia la acción de gracias y parte el pan. Jesús ve una multitud que pasa hambre; hambre de pan, pero además Jesús en este discurso va a decir que él es el alimento de otra hambre, hambre de plenitud, que podríamos llamar, hambre de Dios. Cuántas personas que andan por el mundo tienen hambre de Dios, y nosotros también tenemos hambre de ese Dios que muere por nosotros y da la vida por nosotros. Cuántas personas andan desorientadas, sin rumbo fijo, preocupadas por vivir el hoy y llenándose de cosas que no le dan esa plenitud, ese amor y esa felicidad que todo hombre anhela y busca. Si miramos el mundo con ojos de Dios, más allá de las apariencias, podemos contemplar una multitud hambrienta de plenitud, de felicidad y de Dios. Así lo experimentó Madre Mercedes, así nos lo descubre ella: *el amor que buscamos, el amor que deseamos, es el que no tiene término. Y ese amor es sólo el de Dios*. Por eso hay muchos hombres y mujeres que tratan de saciar su hambre con otras cosas, que nunca le van a dar la felicidad: se llenan de placeres, de dinero, de fama, de comodidades... buscan saciar su sed en aquello que no les puede saciar. Jesús se nos presenta como el único capaz de saciar nuestras hambres, capaz de curar nuestras heridas. ¿Qué podemos hacer ante esta realidad? Jesús no se cruza de brazos, sino que intenta dar una solución. Los apóstoles se sienten desbordados y pretenden despedir a la gente para que se vayan a sus casas. Un niño pone en común lo poco que tiene. Es ahí donde está la solución, poniendo en la presencia de Dios lo poco que somos, lo poco que hacemos él lo hace fructificar, hace que los demás puedan saciar su hambre de Dios. Las Monjas Concepcionistas, tratan de vivir su vocación desde el silencio del claustro y desde su pequeñez se ofrecen, como María, para acercar a los hombres a Dios, para señalarles que lo único que puede saciar su vida es Dios. (Tu vida ha de ser redención para los demás).

Pidamos al Señor, que al rezar por la Sierva de Dios Madre Mercedes en esta Eucaristía, nos llenemos también de su deseo de querer saciarnos sólo de Dios, de querer encontrarnos con Él, despojándonos de todo lo que nos estorba para su encuentro.

Y quisiera terminar, haciéndoos una petición, por un lado, quisiera pedir que recemos por la causa de Beatificación de la Sierva de Dios Madre Mercedes, que nos encomendemos a ella, que le pidamos favores y gracias, y por otro lado que recemos por las vocaciones para este Monasterio y para nuestro Seminario, pidamos al Señor que por la intercesión de Madre Mercedes, mande generosas vocaciones a las Monjas Concepcionistas y a nuestra Diócesis.

**D. José Luis Jiménez Manzaneque**  
**Sacerdote de la diócesis de Ciudad Real**